

# Quevedo y Saavedra: dos contornos del seiscientos\*

Jorge García López  
Universidad de Gerona

*Para Alberto, amigo y maestro*

Francisco de Quevedo y Diego de Saavedra Fajardo conforman dos perfiles peculiares del seiscientos hispánico. Hermanados por los problemas políticos de la época, ofuscados por la anquilosada monarquía Habsburgo, ayuna de iniciativa histórica, unidos por la figura del privado omnipotente, al que sirvieron con suerte disímil, constituyen posibilidades dispares de afrontar el mismo momento histórico. Eran, de hecho, dos idiosincrasias diferenciadas —como hombres, y también como tratadistas—, y su encaramiento muestra talantes y ademanes emblemáticos. En un rápido ejercicio comparativo, pondré el acento en el repaso de puntos substanciales de la obra de Diego de Saavedra, deteniéndome con atención más demorada en la década de los treinta y el inicio de los años cuarenta. Como reparará el lector, me complace interpelar la obra de Saavedra, sondear problemas; en algún caso, diseñar soluciones.

Si nos ajustamos a puntuales datos biográficos, Quevedo apenas es cuatro años mayor que Saavedra. Pertenecen a una misma generación, y ahí comienza una discrepancia radical. Quevedo será siempre el joven prolífico y brillante. El humanismo cristiano preside el núcleo na-

---

\* Agradezco las observaciones de E. Fosalba, A. Blecua, F. Rico, S. López Poza, C. Vaíllo y L. Schwartz, a quien, en especial, debo el que estas páginas vean la luz.

tural de su obra<sup>1</sup>, al tiempo que el instinto creativo rezuma actividad intensa en todos sus frentes. No hay sendero que no holle, cañada que no indague. «Rápido, desigual, abundante»<sup>2</sup>, Quevedo es, por esencia y presencia, literatura. Todo lo contrario que Diego de Saavedra, escritor de obra tardía, de gesto reflexivo, de escrito ponderado, y cuyo primer texto que podemos ahijarle sin disputa, las *Introducciones a la política*, debe esperar a principios de los años treinta. Para entonces se trata ya de un fogueado diplomático en trance de coronar una brillante carrera política, aupado por el Conde-Duque. Por los mismos años, don Francisco ha vivido sus aventuras italianas y algún destierro. Se sube al carro del nuevo reinado con piezas como los *Grandes anales de quince días*. El tiempo lo llevará a formar parte del equipo de intelectuales y propagandistas que rodea al privado, y de esa actividad nos ha dejado muestras en *El chitón de las tarabillas*, apología de las medidas fiscales de 1628. Pero de talante exuberante, de ánimo inquieto, Quevedo no permanecerá en el mismo frente de por vida. Pocos años después, «se nos aparece en el bando de los que quieren hacer guerra al Conde-Duque, y va a dar con sus huesos en la cárcel»<sup>4</sup>. Aspecto sugestivo del recuento biográfico —y también contraposición con Quevedo— lo constituyen sus estancias en el extranjero. Quevedo marchará a Italia a ensayar una muy concreta política. Saavedra pasará largos períodos de su vida en Italia y Centroeuropa, y por lo que nos cuenta su obra, su actitud debió de ser muy receptiva. En esos ambientes estaba Saavedra al lado de las novedades más importantes de la época. Por ahí empezamos a explicarnos la sorprendente modernidad de su obra teórica: don Diego será uno de los españoles más cosmopolitas de su tiempo; escribirá gran parte de su obra desde la periferia del imperio. Pero aparte de esa actividad pública, ambos escribieron de teoría política, y en ese tramo podemos tantear una breve compulsión. Un tema al uso en esos días, y puesto al rojo blanco desde que Niccolò Machiavelli había abierto la caja de los truenos.

Habitantes de idénticos escenarios históricos y acogidos a blancos similares, militaron en campos antitéticos de la reflexión política. Para patentizar el ademán de Quevedo suele traerse a colación el capítulo VI de la segunda parte de la *Política de Dios*. Ya el título es de por sí

---

<sup>1</sup> S. López Poza, «Quevedo, humanista cristiano», en L. Schwartz y A. Carreira (eds.), *Quevedo a nueva luz: escritura y política*, Málaga, Universidad de Málaga, 1997, pp. 59-81. Contamos ahora con la síntesis biográfica de L. Schwartz e I. Arellano (eds.), F. de Quevedo, *Un Heráclito cristiano, Canta sola a Lisi y otros poemas*, Barcelona, Crítica, 1998, pp. XXV-XXX.

<sup>2</sup> R. Lida, *Prosas de Quevedo*, Barcelona, Crítica, 1981, p. 142.

<sup>3</sup> J. H. Elliott, *El Conde Duque de Olivares*, Barcelona, Crítica, 1990, p. 416.

<sup>4</sup> R. Lida, *Prosas de Quevedo*, p. 142.

—y como de don Francisco— explícito y abundante<sup>5</sup>, y asimismo el capítulo. La «razón de Estado» —pletórica de sustancia y poder— se alza como criatura diabólica diestra para tentar a Pilatos contra Cristo. La sentencia que recae sobre ella se enmarca en una filosofía y aun una teología de la historia. La «razón de Estado» —nos dice— habitaba ya los primeros capítulos del *Génesis*. Una expresión que hizo fortuna desde Giovanni Botero —la *ragione di stato*—, se convierte en manos de Quevedo en una categoría metafísica idónea para enriquecer la comprensión de la historia de la caída y redención humanas<sup>6</sup>. Una perspectiva con dificultad inteligible para quien tuvo —o debió tener— los pies tan en tierra como don Diego, principal embajador de Felipe IV en el congreso de Münster. Apenas trece años antes, había comenzado su carrera literaria con una obra emblemática para el caso que nos ocupa: la *Razón de estado del rey católico don Fernando*. Si para don Francisco la «razón de Estado» constituyó diabólico anatema, Saavedra se vio compelido a convivir con el diablo en un siglo «maquiavélico a su pesar»<sup>7</sup>.

Y, sin embargo, podemos ofrecer sin esfuerzo paralelismos reveladores. Capítulo esencial lo constituye la irrupción de la prosa lacónica de Virgilio Malvezzi<sup>8</sup>, escritor italiano que culmina la aclimatación en prosa romance del laconismo latino, puesto en circulación por las ediciones clásicas de Justo Lipsio; Tácito, en lo substancial. Quizá su obra fundamental sea *Il Romulo* (1629), una vida clásica escrita al seguimiento de Plutarco y, a su vez, comentada. El intento constituyó un éxito, sin duda, y acentuado por la traducción de Quevedo. Ahí testifica el creador la hondura del acierto. Y es que el marqués había dado en el clavo desde casi todos los puntos de vista. Con una historia clásica paralela de los arquetipos míticos de la tradición cristiana —Caín y Abel, Rómulo y Remo—, que se enmarca en la historia legendaria de Roma —enlazando aquí con Tito Livio—, y cuyo recuento vale como arquetipo ideal de toda ciudad, soporte conceptual de la *Política* de Aristóteles; en fin, detrás de la prosa malvezziana podía escudriñarse la sonrisa de Tiberio. La prosa de Tácito asociará en su génesis el laconismo romance con el discurso político; su estilo había fascinado desde primeros

<sup>5</sup> El origen concreto de la expresión puede verse en R. Lida, *Prosas de Quevedo*, p. 142.

<sup>6</sup> Cfr. J. A. Fernández Santamaría, *Razón de estado y política en el pensamiento español del Barroco*, Madrid, Centro de Estudios Constitucionales, 1986, pp. 53-56.

<sup>7</sup> Según la brillante expresión de J. H. Elliott, *El Conde Duque*, pp. 47-48.

<sup>8</sup> Véase, por ejemplo, la valoración de J. H. Elliott, *El Conde Duque*, p. 36, y B. Antón, *El tacitismo en el siglo XVII en España. El proceso de «receptio»*, Valladolid, Universidad de Valladolid, 1991, pp. 117-20.